
La superación del cuidado del sustento: Una aproximación hermenéutico-
fenomenológica a *Los lirios del campo y las aves del cielo*,
de S. Kierkegaard

*The overcoming of the care of sustenance: A hermeneutic-
phenomenological approach to the Lily of field and the bird of the air,*
by S. Kierkegaard

DOI: 10.12957/ek.2024.80641

Lucero González Suárez¹

Universidad La Salle

lucero.gonzalez@lasallistas.org.mx

RESUMO

El artículo constituye una aproximación hermenéutico-fenomenológica a *Los lirios del campo y las aves del cielo*, de Kierkegaard. En la primera sección se muestra que, por ser conciencia abierta tanto a la eternidad como a la temporalidad, el individuo tiene la capacidad de preocuparse por el día de mañana. En la segunda sección se ofrece una descripción fenomenológica encaminada a exhibir que el pagano y el cristiano habitan el mundo de una forma radicalmente distinta: desde el cuidado sustento y la confianza en Dios. La tercera sección es una breve fenomenología de la fe, cuyo propósito es poner de manifiesto la relación que el cristiano establece con los bienes finitos ligados a la autoconservación. La tesis a demostrar es que el cristianismo es la única forma de existencia que libera al hombre del cuidado del sustento.

Palavras-chave

Kierkegaard. Cuidado del sustento. Existencia Cristiana. Dios. Fe.

ABSTRACT

The article constitutes a hermeneutic-phenomenological approach to *The Lilies of the Field and the Birds of the Sky*, written by Kierkegaard. The first section shows that, being a consciousness open to both eternity and temporality, the individual has the ability to worry about tomorrow. The second section offers a phenomenological description aimed at showing that the pagan and the christian inhabit the world in a radically different way: from the care of sustenance and trust in God. The third section is a brief phenomenology of faith, the purpose of which is to reveal the relationship that the christian establishes with finite goods linked to self-preservation. The thesis to be demonstrated is that christianity is the only form of existence that frees man from the care of sustenance.

Keywords

Kierkegaard. Care of sustenance. Christian existence. God. Faith.

¹ Doctora en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente, es investigadora nacional Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), del Conacyt. Colaboradora con actividades de investigación de la Universidad La Salle, Campus Condesa.

1 INTRODUCCIÓN

El cristianismo es un modo de *ser-en-el-mundo*, que surge como respuesta existencial positiva a la manifestación elusiva del Misterio de Dios en Cristo². El cristianismo es una modalidad de la vida fáctica a la que cualquiera puede acceder siempre que adopte una actitud de absoluta disponibilidad; que, en vez de oponer resistencia y rechazar el don de la salvación, se deje transformar por el amor divino en contemporáneo de Cristo.

El presente artículo constituye una aproximación hermenéutico-fenomenológica a *Los lirios del campo y las aves del cielo*, cuyas directrices metodológicas proceden está de la ontología fundamental heideggeriana. La interpretación del escrito kierkegaardiano no es un fin en sí mismo, sino una ocasión privilegiada para meditar, en compañía de Kierkegaard, sobre la grandeza implicada en el solo hecho de existir como particular ante Dios.

En la primera sección del texto se muestra que la preocupación por ‘el día de mañana’, de la cual deriva el cuidado del sustento, se origina en la apertura de la conciencia tanto a la eternidad como a la temporalidad. La segunda sección hace patente que el pagano y el cristiano habitan el mundo de desde el cuidado sustento y la confianza en Dios, respectivamente. Finalmente, la tercera parte es una breve fenomenología de la fe.

La tesis a demostrar es que el cristianismo es la única forma de existencia que libera al hombre del cuidado del sustento. Libertad que ha de ser entendida, no como autosuficiencia, independencia y autoafirmación, sino como aceptación de la propia insuficiencia, dependencia respecto de Dios y renuncia activa a vivir conforme a los dictados de la propia voluntad.

² Para una exposición detallada de los rasgos esenciales de la experiencia religiosa, me permito remitir al lector al “Capítulo 2. La estructura del fenómeno místico-religioso” del libro: González Suárez, L. *La mística cristiana en el tiempo de la secularización, el nihilismo y los Nuevos Movimientos Religiosos*. Colombia-México: Pontificia Universidad Javeriana- Universidad Iberoamericana, 2020.

2 LA PREOCUPACIÓN POR EL DÍA DE MAÑANA: ORIGEN DEL CUIDADO DEL SUSTENTO

En tanto que existencia mortal, el hombre *es* en el tiempo. Desde otra perspectiva, dado que la libertad le es constitutiva, la existencia es conciencia abierta a lo eterno. La estructura ontológica del hombre se define por el contacto de la temporalidad con la eternidad.

Entre la temporalidad y la eternidad se da una relación dialéctica. El tiempo designa la existencia en tanto que posibilidad. Lo eterno es “[...] una determinación total que se repite y apura la existencia, no a una sucesión indefinida [...] sino al salto intensivo e instantáneo de la libertad” (Binetti, 2005, p. 115).

De acuerdo con Kierkegaard, la existencia es una síntesis incompleta de temporalidad y eternidad. La eternidad es origen de la conciencia de tiempo. Lo eterno “[...] no quiere tener su tiempo sino quiere *apropiarse* del tiempo.” (Kierkegaard, 2018, p. 16).

[...] la conciencia de tiempo engendra el porvenir. Cuando el porvenir “se retrotrae al instante mediante la conciencia, entonces se descubre la preocupación” (Kierkegaard, 1963, p. 83). Vivir instalado en la preocupación es interesarse en sí mismo. La preocupación determina la manera en que el individuo confiere significado y se relaciona [...] con las múltiples presencias que pueblan el mundo circundante (González, 2023, p. 4).

El cuidado del sustento da cuenta de las previsiones que el hombre toma para superar la incertidumbre relativa a la autoconservación. Por el cuidado del sustento, el individuo cae en la cuenta de lo lamentable que es “[...] vivir constantemente en la incertidumbre, sin atreverse jamás a afirmar que se sabe que se está provisto.” (Kierkegaard, 1963, p. 56).

La preocupación por el cuidado del sustento induce la idea de que la libertad radica en la autosuficiencia. Es por eso que, en su intento desesperado de liberarse de la pesadumbre provocada por el cuidado del sustento, el individuo se aboca a la adquisición de bienes materiales.

El carácter incontrolable del futuro genera incertidumbre. De ella procede el cuidado de la subsistencia. Para liberarse de dicha preocupación, existen dos caminos: el

pagano³ y el cristiano. El primero no pasa de ser un vano intento que hace al hombre esclavo de sus posesiones. Puesto que, si quiere preservarlas, debe poner especial atención a ellas. Lo que, generalmente, provoca la aparición del apego.

Entregada al deseo de posesión de lo que se requiere para asegurar el sustento, la voluntad jamás encuentra descanso. Quien se deja arrastrar por la preocupación correspondiente vive preso de la incertidumbre de poseer, así como del temor de perder lo que posee. El deseo de lo efímero provoca inseguridad (con relación al bien poseído) y tristeza (derivada de su pérdida).

El cuidado del sustento es abrumador porque cancela el disfrute de lo que efectivamente se posee. Asimismo, acarrea que el individuo se torne incapaz de concentrarse en el presente. La preocupación impide estar satisfecho con los bienes de los que dispone.

“¿Hasta qué punto nos atrevemos a preocuparnos por el futuro? La respuesta es sencilla: cuando lo hayamos vencido, solo entonces seremos capaces de retornar al presente, solo entonces nuestras vidas encontrarán significado en él.” (Kierkegaard, 1963, p. 50). El cuidado del sustento encuentra su fundamento en la conciencia. Por tanto, es una perfección que separa al hombre de la bestia. Pero únicamente cuando se supera tal preocupación es posible vivir plenamente en el presente.

¿De qué modo se puede vivir sin la preocupación por el cuidado del sustento? Mediante la confianza en Dios que, parafraseando a san Juan de la Cruz, conduce al hombre a dejar “su cuidado entre las azucenas olvidado”. De ahí que, además de caracterizar tal preocupación como propia del pagano, sea imprescindible mostrar por qué el cristiano no la padece.

3 LA PREOCUPACIÓN POR EL CUIDADO DEL SUSTENTO VS. LA CONFIANZA EN DIOS

Desde la perspectiva moderna, la libertad se entiende como autonomía. Misma que, a su vez, tiene por requisito indispensable la autosuficiencia. Es decir, la condición de bastarse a sí mismo para resolver las propias necesidades.

³ Pagano es quien “[...] tiene por nada tanto su propio espíritu y su propia libertad como a Dios que lo puso como el espíritu libre que él es. A este hombre, que se ha negado a sí y a Dios, sólo le queda el mundo, por lo que su existencia se agota en las preocupaciones mundanas, hasta tal punto que termina convirtiéndose en esclavo de su propio deseo de ejercer poder sobre el mundo.” (Garrido-Maturano, 2021a, pp. 400-401).

Para la visión cristiana del mundo, “[...] estar dependiente de Dios, completamente dependiente, eso sí que es independencia.” (Kierkegaard, 1963, p. 65). Quien confía en sí mismo echa sobre sus espaldas la más terrible maldición (Jer 17, 5). La ignorancia de la finitud de nuestro poder ser, aunada al desconocimiento vital de que “[...] en Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28), puede suscitar la ilusión de que, pese a no ser causa de nuestra propia existencia, tenemos la capacidad para sostenernos a nosotros mismos.

Lo opuesto a la ignorancia respecto de quién es el hombre es el autoconocimiento que surge a raíz de la confrontación con la presencia divina. Al conocerse a sí mismo en el contacto con Dios, el individuo descubre la contingencia de su ser.

La preocupación por el cuidado del sustento solo puede ser expulsada por la fe (Kierkegaard, 1963, p. 82). A la fe le es inherente el descuido de sí. Mismo que se expresa en las preocupaciones paganas. El caballero de la fe sabe que, por ser el principio que sostiene en la existencia a los entes contingentes, lejos de ser indiferente a su creación, Dios la procura en todos los sentidos.

Al quedar libre de la preocupación por el cuidado del sustento, el cristiano es capaz de entregarse de lleno a lo que vive en el presente. A sabiendas de que “[...] el día de mañana es un sueño terco que nunca cesa de volver” (Kierkegaard, 1963, p. 190), el cristiano no tiene más preocupación que llegar a ser contemporáneo de Cristo.

Solo el cristiano puede decir para sí mismo: soy consciente de “[...] este ahora y aquí del mundo que hoy me ha tocado en suerte vivir, sin caer en la insensatez de querer determinar también el curso de los sucesos por venir” (Garrido, 2021b, p. 14). Quien vive en el presente no actúa motivado por lo que en otro tiempo ha sido. Tampoco está preocupado por “el día de mañana”, sino que vive en el instante: en ese punto de intersección entre la temporalidad y la eternidad, en el que el hombre es llamado a ser sí mismo.

Según Kierkegaard, la fe “[...] vuelve la espalda a lo eterno precisamente por tenerlo completo a su vera en el día de hoy.” (1963, p. 196). Por la fe, el cristiano queda libre de la preocupación por el cuidado del sustento. Así, cuando “[...] trabaja y cuando reza, solamente menciona el día de hoy: el pan nuestro de cada día dánosle ‘hoy’; la bendición de su trabajo ‘hoy’ [...]” (Kierkegaard, 1963, p. 197).

El ‘pan de cada día’ “[...] es la provisión más parcamente distribuida [...]” (Kierkegaard, 1963, p. 116). Puesto que “No solo de pan vive el hombre, sino toda palabra que sale de la boca de Dios.” (Mt 3, 4), la plenitud de la existencia no se identifica con la independencia, sino con el conocimiento de Dios, que conduce a la verdad subjetiva de la fe. La autoconservación es a penas la condición *sine qua non* del conocimiento de Dios y del autoconocimiento en Cristo.

La preocupación por el cuidado del sustento impide el disfrute en el trato con las cosas. Ya que “[...] si queda mucho, algo o poco cuidado, entonces no se alegra uno, y mucho menos se está absolutamente alegre.” (Kierkegaard, 1963, p. 272). Sin importar la condición de aquello que provoque el apego, en tanto el hombre no rompa con esa atadura de la voluntad, vivirá preso de su deseo: “Porque eso me da que un ave esté asida a un hilo delgado o grueso, porque, aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso en tanto que no le quebrare para volar.” (De la Cruz, 1994, 1S, 11, 4).

¿Qué cabe hacer para no vivir sometido al deseo desordenado de los bienes materiales, que encuentra su raíz ontológica en la conciencia y su motivación existencial en el cuidado del sustento? No poner en la posesión de los bienes materiales la confianza que solo ha de dirigirse hacia Dios.

La distinción conceptual entre pobreza espiritual y pobreza material no autoriza la conclusión de que se pueda ser, al mismo tiempo, cristiano (supuestamente pobre de espíritu) y rico. La parábola del joven rico disipa toda duda al respecto.

Ante el individuo que ha tenido la dicha de escuchar la predicación del cristianismo se ofrece una alternativa radical: elegir un solo Señor. Cuando Cristo sale al encuentro del hombre “[...] no establece una alternativa respecto de una cosa de poca monta [...] la establece respecto de sí mismo, diciendo: o yo ... o te adhieres a mí y absolutamente en todo, o tú [...] me desprecias.” (Kierkegaard, 1963, p. 247). En presencia del Redentor, el individuo tiene que elegir entre acoger el don de la salvación y gozar de los bienes mundanos. La elección es ineludible. No elegir, equivale a despreciar a Dios en favor del mundo. Y tampoco se torna más difícil o más sencilla dependiendo de la magnitud de los bienes materiales a los que se deba renunciar.

4 LA FE COMO CAMINO PARA LA LIBERACIÓN DEL CUIDADO DEL SUSTENTO

La determinación esencial de la existencia cristiana es la fe. Para esclarecer qué es la fe, conviene comenzar por la revisión crítica de su comprensión moderna - de la que aún somos herederos - a fin de disipar malentendidos.

Desde la perspectiva epistemológica, la fe se reduce a “tener por verdadero” algo. En palabras de Heidegger (2006, p. 295), la fe “[...] mienta la apropiación de lo ‘verdadero’, sea como fuere dado y asumible. En esta significación amplia: consentimiento.”

La verdad como certeza es un paradigma que no permite atribuir a la experiencia religiosa más verdad que la de su realidad psicológica. Dicho criterio reduce a la fe a estado disposicional. Esto es, a una mera tendencia a realizar ciertos actos, que incluso puede tener por causa algún trastorno de la personalidad⁴.

Tal reducción es sumamente problemática por cuanto deja abiertas las siguientes preguntas: 1. ¿Cuál es el origen de dicha disposición?; 2. ¿No resulta absurdo hacer depender el acontecimiento de lo divino de un testimonio psicológico?; 3. ¿Qué obligaría a tener por verdadero algún testimonio de encuentro con Dios? Por un lado, responder a tales cuestionamientos exige analizar el concepto de hombre del que se parte. Por otro lado, demanda reconstruir la crítica heideggeriana a la historia de la esencia de la verdad, que el filósofo sintetiza como un tránsito de la verdad como *aletheia* a la verdad como valor, pasando por la verdad como *omoiosis*, *veritas*, *certitudo*, objetividad y validez (Heidegger, 2006). Ante la imposibilidad de acometer tan ardua tarea, señalaré simplemente que la perspectiva moderna sobre la fe “[...] cierra el acceso a la experiencia de lo divino, en favor de un auto-análisis de los estados mentales del sujeto.” (González, 2013, p. 177). Lejos de posibilitar el estudio del origen, estructura y sentido de la experiencia religiosa, tal enfoque deja de lado el acontecer de lo divino. Por lo que no

⁴ La psicología reduce las experiencias místico-religiosas a estados de conciencia alterados. Es por eso que su interés se centra en la investigación de lo que san Juan de la Cruz llama “fenómenos extraordinarios”. Tales noticias sobrenaturales no son elementos estructurales de la experiencia de Dios, sino manifestaciones accidentales que deben ser rechazadas por quien las padece para no impedir el progreso espiritual. Los psicólogos de la religión parten de una premisa: no queda claro si la experiencia religiosa puede o no ser catalogada como patológica. Sospecha que, en más de una ocasión, al decantarse por la segunda alternativa, deriva en la conclusión de que: “[...] en la descripción que encontramos de muchas de ellas se dejan ver mecanismos psíquicos equiparables a los que tienen lugar en un delirio o una alucinación, y resulta muy difícil evitar la impresión de que en su seno no hayan tenido lugar, al menos parcialmente, momentos de auténtica regresión psicótica. Es un hecho constatable para el clínico en general que los estados místicos, con mucha frecuencia, han hecho aparición con una chocante y sorprendente analogía con determinados cuadros clínicos, neuróticos o psicóticos, sobre todo con la histeria, con la depresión y con la esquizofrenia.” (Domínguez, 2004, p. 184).

puede servir de guía en el proyecto de desarrollar una ontología de lo divino, a través de la descripción de la religiosidad como modo de *ser-en-el-mundo*.

A diferencia de la psicología de la religión, la fenomenología de la religión que se comprende a sí misma como hermenéutica de la facticidad -en cuya línea se ubican las reflexiones de Kierkegaard- no busca reducir la experiencia de Dios a un estado de conciencia alterado, sino ensayar una aproximación que permita comprender dicha experiencia desde sí misma. Puesto que, en el contacto con lo que se muestra, el fenomenólogo no pretende emitir juicios sino, simplemente, conducir a la resonancia del decir, la donación de lo real.

¿Cuáles son los rasgos fenomenológicos de la fe que Kierkegaard señala? A continuación, analizo brevemente aquellos que me parecen más significativos.

1.

La fe es una respuesta de absoluta disponibilidad al llamado salvífico de “[...] la revelación, a los actos de habla mediante los cuales Dios se ha dirigido a uno.” (Westphal, 2011, p. 85). Solo porque Dios es persona, porque es un Tú absoluto, puede interpelar al individuo y “[...] entrar en ciertas relaciones de pacto mediante la realización de discursos que actúan como mandatos prometedores.” (Westphal, 2014, p. 26). Promesas en las cuales se fundan tanto la confianza como la obediencia del creyente.

De entre las promesas divinas, destaca por su importancia aquella en torno a la cual se articula la meditación de Kierkegaard sobre *Los lirios del campo y las aves del cielo*: “No andéis, pues preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber? [...] Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso.” (Mt 6, 31-32). El mandato de Jesús es no preocuparse por el cuidado del sustento. La promesa que lo respalda es que, si Dios procura a las criaturas irracionales proveyéndolas con lo necesario para la subsistencia, con mayor razón ofrece al hombre “el pan de cada día” para que, teniendo resueltas sus necesidades básicas, pueda acoger y cultivar el don de la fe.

2.

La fe constituye una relación absoluta, que se establece entre el creyente y Dios. En la fe no hay mediación alguna. En palabras de Kierkegaard, “[...] la ley de la existencia que Cristo ha instituido para ser hombre es: ponerse como singular en relación con Dios.” (1982, p. 48). Como advierte Walsh (2009), llegar a ser un individuo singular es la

consecuencia directa de haberse situado delante de Dios como un yo completo y unificado.

La relación instaurada por la fe “[...] no se da entre Dios y el género, a no ser de modo incidental; sino entre Aquél y el particular.” (González, 2013, p. 178). Los grandes testigos de la fe llegaron a ser tales porque reunieron la determinación necesaria para permanecer a solas y en silencio ante la presencia de lo totalmente Otro. No se contentaron con conocer a Dios ‘de oídas’. Al ser interpelados por su manifestación esquiva, terrible y a un mismo tiempo fascinadora, adoptaron una actitud de entrega radical a la que solo cabe sintetizar en la expresión ‘Heme aquí’. Por ello cual merecieron ver, bajo la iluminación oscura de la fe, al que no tiene imagen.

En la confrontación con lo divino, que en ocasiones se vive como combate, el individuo se torna capaz de realizar a cabalidad la única tarea impuesta por la interioridad. A saber, “[...] encontrar y atender a esta única palabra y a la forma única en que nos llama a seguirla a cada uno de nosotros.” (Pattison, 2019, p. 86). La Palabra aludida es Cristo.

La fe es una forma de existencia que tiene su origen en la escucha de la Palabra. La condición de posibilidad de tal escucha es “[...] la infinita preocupación del yo por su propia existencia como algo anterior y más fundamental que su vida en comunidad, y la aniquilación del mismo yo en la relación con Dios como condición de su renacimiento.” (Pattison, 2017, p. 77). La fe pone al descubierto que la apertura del hombre a la experiencia de Dios es más originaria y esencial que su condición política. El encuentro con Dios surge del llamado de un Tú personal y absoluto al individuo, que solo puede ser escuchado desde la interioridad.

La invitación a vencer la preocupación por el cuidado del sustento es universal, pero concierne al individuo. El Buen Pastor llama a cada una de sus ovejas por su nombre y pide de ellas una respuesta existencial. Mantener la preocupación por el cuidado del sustento o quedar liberado de ella con el auxilio divino es decisión de cada uno.

3.

La fe es una opción libre. Ante el acontecer de lo divino, el hombre está obligado a aceptar o rechazar la llamada que lo convoca a la salvación. Aquello que decida estará condicionado por el modo en que previamente ha elegido vivir, puesto que “[...] la individualidad consiste en que ‘cada quien es lo que se ha empeñado en ser’.” (Guerrero,

2004, p. 31). La decisión de acoger o despreciar el don de la fe dará cuenta de lo que el particular ha decidido llegar a ser.

Si en Jesús de Nazaret Dios se ha hecho carne, tiempo, finitud e historia; si ha caminado sobre la faz del mundo, es para situar al hombre ante una alternativa radical: la fe como verdad subjetiva o el amor a los bienes mundanos. La elección determina por completo la vida fáctica.

Siempre que el anhelo del individuo se orienta a la posesión de los bienes finitos, él mismo se hace mundano. Por el contrario, la fe ocasiona que, al entrar en contacto con tales bienes, la atención vital de aquél no esté centrada en la dádiva sino en Dios como principio de la donación.

A la luz de la fe, el don requerido y otorgado por Dios no es un fin en sí mismo; es a penas la condición de posibilidad de la existencia cristiana. El ‘pan de cada día’ es un regalo que, de manera absolutamente gratuita, Dios otorga al hombre por el solo hecho de ser tal y no como una respuesta debida a sus méritos morales o espirituales.

4.

Tener fe involucra creer en Dios y creer que Dios ha hecho promesas que cumplirá. El hombre de fe posee la certeza de la existencia de un Tú absoluto. Asimismo, adopta “[...] ciertas creencias fácticas, incluida la creencia en que hay un dios, que Dios ha hecho ciertas promesas, y que Dios ha emitido ciertas órdenes.” (Westphal, 2014, p. 26).

En la revelación, la fe es caracterizada como creencia. Mas creer no significa exclusivamente tener por verdadera la existencia de un Dios Creador y Redentor. “También los demonios creen y tiemblan.” (Stg 2, 19). La fe no se reduce al asentimiento de la voluntad frente al contenido de la revelación.

¿En qué sentido el obrar del hombre de fe revela su no preocupación por el cuidado del sustento? Al cristiano auténtico solo le importa imitar a Cristo, quien dijo de sí mismo: “Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra.” (Jn 4, 34). Es por eso que, en ese diálogo privilegiado con el Padre que es la oración, se limita a pedirle “el pan de cada día” y a dar gracias por los dones recibidos. Kierkegaard pregunta en tono provocador a su lector: “¿Tiene el pensamiento y el lenguaje una expresión más alta para amar que siempre dar gracias?” (2010, p. 85). El tono de la pregunta indica ya el sentido de la respuesta que se impone.

5.

Tener fe no significa creer en algo, sino en Alguien capaz de entablar con el particular “[...] relaciones de pacto mediante la realización de discursos que actúan como mandatos prometedores.” (Westphal, 2014, p. 26). Permanecer en la fe es una tarea que sobrepasa las fuerzas del creyente. Pero el individuo no está solo en el esfuerzo inherente al seguimiento de Cristo. Aquel que lo llama a cumplir con sus mandatos (que suponen una exigencia infinita), le infunde la gracia para que, habilitado de ese modo, se esmere cada día en alcanzar la salvación. ¿Cuál es el mandado de Cristo en relación con el cuidado del sustento? Recordar siempre que los bienes recibidos por parte de Dios para el sustento “[...] han de ser administrados con la indiferencia característica que el propietario tiene respecto del dinero y de sus valores; administradas, regalando las a tiempo y lugar oportunos.” (Kierkegaard, 1963, p. 137). Quien se afana en adquirir riquezas para estar seguro del porvenir, olvida el carácter incierto de “el día de mañana” y que la confianza en sí mismo no puede sino conducirlo a la desesperación.

El pagano solamente confía en sus propias fuerzas y hace depender de ellas la superación del cuidado del sustento. Por eso es incapaz de agradecer el pan cotidiano por cuanto no lo reconoce como dádiva. Vencer la tentación de confiar en sí mismo y olvidarse de Dios, exige superar la preocupación por el cuidado del sustento.

En la misma línea de pensamiento que san Ignacio de Loyola, al decir lo anterior, Kierkegaard enfatiza que la actitud propiamente cristiana ante los bienes materiales es el desapego. En el trato con los dones recibidos, al cristiano se le impone lo que el autor de los *Ejercicios Espirituales* llamó la ‘santa indiferencia’ (2016).

6.

En la fe, la manera en la que el creyente se relaciona con el contenido de lo creído asume la forma de reduplicación. Ser cristiano significa imitar la forma en que el Salvador habitó el mundo compartido. Lo cual no se limita al conocimiento de la vida de Cristo desde la perspectiva histórica o especulativa, sino que constituye un llamado a ser aquello que se predica (Valverde, 2005).

La preocupación por el cuidado del sustento es exclusiva de los paganos. Quien ha hecho del seguimiento e imitación de Cristo el proyecto fundamental de su existencia, vive libremente. Puesto que entiende que la existencia no tiene un sentido autorreferencial; que no se agota en sí misma.

El cristiano sabe que Dios ha creado al hombre por amor y para amar. De modo que lo esencial es hacer de la propia existencia un continuo acto de donación. Solo así se puede imitar a Cristo; al Verbo encarnado que, ungido por el Padre, “pasó haciendo el bien” (Hch 10, 38) por el mundo.

7.

Por la fe, el individuo llega a ser contemporáneo de Cristo. La fe hace de la existencia una sucesión de instantes, en cada uno de los cuales el individuo se sitúa ante Dios. El modo de habérselas con las cosas y con los otros del cristiano se funda en la decisión de seguir al que, en su paso por el mundo, trazó el camino de la salvación.

El cristianismo, en tanto que ejercitación, se vive en el presente. Al cristiano no le basta pensar que en otro tiempo ha estado cerca de imitar en perfección al Maestro, ni que de algún modo lo conseguirá en el futuro. El auténtico discípulo de Cristo sabe que la fe es un bien del que solo se puede gozar esforzándose cada día por adquirirlo y conservarlo.

La contemporaneidad con Cristo es el ideal que pone en marcha un proceso ininterrumpido que jamás se consuma plenamente, por cuanto supone una exigencia infinita. El ideal cristiano es tan elevado que, si se pretendiera darle alcance únicamente con base en el esfuerzo personal, se presentaría como algo irrealizable. El cristianismo es una modalidad de la vida fáctica a la que subyace el reconocimiento de “[...] la imposibilidad de actualizar lo eterno a través de una acción positiva.” (Evans, 2006, p. 87).

Solo por la intervención de la gracia, el proceso de llegar a ser contemporáneo de Cristo puede llegar a buen término. No obstante, para no hacerse vano, el cristiano debe recordar la imposibilidad fáctica de “[...] poseer el cristianismo como una condición o determinación esencial, de la que el individuo pudiera adueñarse y tomar posesión indefinida.” (Garrido, 2019, pp. 55-56).

Para recorrer el camino de perfección que conduce a la contemporaneidad con Cristo es imprescindible no olvidar la gratitud a Dios debida por los dones recibidos. Para prevenir al cristiano del peligro del goce desordenado de los bienes mundanos, san Agustín le recuerda: “Dios no te prohíbe amar a estas cosas, sino que las ames poniendo

en ellas tu felicidad; más bien, apruébalas y ámalas de modo de amar al creador.” (2003, II, 11). El cristiano debe amar las creaturas por Dios y en Dios.

En total acuerdo con el padre latino, Kierkegaard sostiene que, lejos de centrar su atención vital en la recepción del don, en el disfrute de los bienes finitos, el cristiano “[...] no va buscando quedar saciado, lo que busca es al Padre celestial” (Kierkegaard, 1963, p. 118). Ante los bienes mundanos, el cristiano descubre a Aquel de quien toda dádiva procede.

Quien comprende que ha sido creador por Dios y para Dios, no puede permanecer preocupado por el cuidado del sustento. Lo único que le importa es llegar a ser lo que está llamado a ser: contemporáneo de Cristo, quien no tuvo más preocupación que cumplir la voluntad del Padre, en olvido total del cuidado del sustento.

8.

La fe no es una actitud resultante del ejercicio de la razón natural, sino conocimiento sobrenatural del amor que Dios es. La fe es “[...] en el escándalo del absurdo, la incertidumbre objetiva sostenida firmemente en la pasión de la interioridad” (Kierkegaard, 2008, p. 613). Al decir lo anterior, Kierkegaard hace eco de la enseñanza de san Pablo: “[...] mientras los judíos piden signos y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles.” (1 Co 1, 22). La fe es un salto que el hombre realiza dejando a un lado la seducción del logos en favor de una confianza ciega en el absurdo.

La fe no puede ni requiere ser justificada con argumentos porque no es el objeto de una representación, sino una posibilidad existencial. Solo quien ignora la diferencia entre concepto y experiencia puede albergar el vano proyecto de justificar racionalmente una realidad que, como la fe, nace del encuentro entre el particular y el misterio de Dios.

Incluso si fuera posible reducir el sentido de la fe a los límites del concepto, ello no implicaría de ningún modo “[...] que nos hubiésemos apoderado adecuadamente de la fe de un modo tal que nos permitiese ingresar en ella.” (Kierkegaard, 1999, pp. 56-57). Estar en posesión de un concepto no es acceder al encuentro transformador que esa palabra nombra.

La fe es conocimiento oscuro por su esencia y por su objeto. En la iluminación oscura de la fe, “Dios permanece velado, oculto en la oscuridad, como un espectador en el teatro o como la meta hacia la que un remero da la espalda incluso mientras rema hacia

ella. Nosotros somos el objeto de la mirada de Dios, no Él de la nuestra.” (Pattison, 2019, p. 83).

Acoger el don de la fe tiene por condición previa superar la tentación de hacer a Dios una entidad susceptible de ser aprehendida racionalmente. El sujeto religioso no intenta entender para luego creer. La fe tiene como término último el misterio de Dios. El cristiano ha de “[...] creer contra la razón; creer, aunque no se pueda ver.” (1982, p. 42).

En su paso por el mundo, el cristiano vive libre de la preocupación por el cuidado del sustento porque se sabe sostenido y procurado por la bondad del Padre, a cuyo conocimiento oscuro accede por la fe. Sin precisar ninguna clase de argumento ni evidencia empírica, el caballero de la fe sabe que tanto en la escasez como en la abundancia hay motivos de sobra para regocijarse. Puesto que, si Dios sustenta a los lirios del campo y las aves del cielo, mucho más cuidado pone en sustentar al hombre.

Al cristiano le basta con recibir ‘el pan de cada día’. Teniendo lo necesario para la subsistencia, encuentra motivos de sobra para agradecer al que lo sustenta. Tal hombre, permaneciendo sobre la tierra, tiene siempre la mirada dirigida hacia el cielo.

Al cristiano no le agobia la duda de si ‘el día de mañana’ tendrá lo necesario para alimentarse. Con total libertad, realiza su trabajo cotidiano como una forma de dar gloria a Dios y se desentiende de lo que sucederá en el futuro. Él sabe que cada día tiene su afán. Y que lo único importante es perseverar en la fe. Respecto de esa tarea infinita, el sustento es apenas una condición de la existencia, mas no el fin último de su vida activa.

9.

El análisis fenomenológico del deseo pone de manifiesto que este consiste en un movimiento que impulsa al individuo a la posesión de aquello que, desde su visión del mundo, constituye un bien capaz de satisfacer su anhelo de plenitud. Por el deseo, el hombre es finitud abierta a lo infinito.

Aquello hacia lo que apunta el deseo carece de realidad porque todavía no es. Más que proyectar una acción a la que considera buena para sí, el hombre se proyecta para hacerse existir conforme a un ideal de vida. Solo se desea aquello por lo cual se obra. La acción hace patente los verdaderos deseos del individuo.

El movimiento del deseo, que explica el porqué de la acción, se expresa como pasión. Por ser libertad, el hombre puede resistir al deseo. Pero eso no significa que pueda controlar ni, en sentido estricto, elegir el objeto de su deseo.

La fe no es una pasión entre otras; es la pasión suprema. Puesto que tiene por destino “[...] a lo enteramente otro de nosotros mismos, o sea, a lo eterno, a la plenitud eterna: a lo humanamente imposible, a lo escandaloso y paradójico.” (García-Baró, 2004, pp. 33-34) ¿Qué mayor paradoja que el hecho de que Jesús de Nazaret sea, al mismo tiempo, el siervo de Yahvé humillado y el Señor exaltado? ¿Qué mayor escándalo que el de la cruz?

Puesto que la fe es tarea de toda una vida, persistir en el intento de adquirir tanpreciado don reclama pasión. Vivir apasionadamente significa arriesgarlo todo para cumplir el proyecto que configura la identidad personal. Como explica Garrido, “La pasión mienta el hecho de que quien se elige y, en consecuencia, elige un determinado curso de acción en el mundo, no puede concebir elegirse ni actuar de otro modo.” (2020, p. 93). En la medida en la que se comprenda lo antes dicho, resultará obvio que el amante por excelencia es el hombre de fe. Puesto que el deseo que lo distingue no solo es infinito en cuanto a su forma, sino también por lo que toca a la realidad que lo suscita y a la que se encuentra dirigido.

El caballero de la fe se relaciona con Dios desde la pasión infinita de la interioridad (Kierkegaard, 2010, p. 201). Como explica Pattison, el desarrollo de la interioridad se manifiesta en

[...] el coraje para tomar nuestras propias decisiones acerca del bien, del mal, de los valores, y acerca de los modos de comportamiento, incluso cuando estos van en contra de las suposiciones de la sociedad a la que pertenecemos y de lo que la mayoría de la gente (al parecer) nunca llega a cuestionarse (2019, p. 77)

La gran mayoría tiene la convicción de que el sentido último de la vida es acumular la mayor cantidad de bienes materiales para, de ese modo, no solo tener asegurado el sustento, sino también el acceso a experiencias placenteras. De lo que se trata, según el juicio de la mayoría, es de ‘llegar a ser alguien en la vida’. Expresión mediante la cual se alude, de un modo vulgar y trillado, a lo que Kierkegaard llama la preocupación mundana. Prejuicio que, a su vez, se funda en otro más elemental. A saber, que la libertad reside en la autosuficiencia. De modo que, para ser feliz, es indispensable tener los medios para no vivir presa del cuidado del sustento. El cristiano difiere de tal concepción. Puesto que, a la luz de la fe, comprende que el hombre ha sido creado por amor y para amar.

10.

La fe es una verdad subjetiva que dirige y orienta la existencia. Se entiende por tal un tipo de conocimiento cuyo rasgo característico consiste en que “[...] lo conocido no me puede dejar indiferente, debo tomar postura, comprometerme; la verdad conocida reclama emplear toda mi fuerza para hacerla real en mí.” (Guerrero, 2004, p. 30). Acceder a la verdad subjetiva permite al individuo descubrir cuál es el propósito último de su vida. Esto es, a caer en la cuenta de la misión que le es propia. “Quien entra en contacto con la verdad subjetiva asume el compromiso de hacer todo lo que está en su poder para lograr que lo conocido se haga realidad en su vida.” (González, 2021, p. 21). La fe es una verdad subjetiva por cuanto decide el cómo de la existencia.

En su doble condición de filósofo y cristiano, Kierkegaard tiene muy claro que la verdad “[...] no es algo que se sabe sino, sobre todo, algo que se es, algo que se produce actuando, algo que se existe.” (Negre, 1988, p. 64). Para el cristianismo, la verdad no es algo, sino Alguien: es Cristo Crucificado y Resucitado que, irrumpiendo en la vida del particular, lo convoca a la unión con el Padre. Cuando Aquel que es la Verdad llama a vivir en la verdad, quien escucha su voz descubre que la invitación “[...] exige de nosotros y espera una respuesta.” (Guerrero, 2004, p. 64).

Kierkegaard “[...] identifica la subjetividad con la interioridad y atribuye a ambas un modo privilegiado de acceso a la verdad, especialmente a la única verdad que realmente importa, a saber, la verdad de la relación del individuo con Dios.” (Pattison, 2019, p. 76). La fe es una verdad subjetiva por cuanto constituye una determinación esencial de la experiencia religiosa cristiana. Tener fe supone una implicación existencial del creyente en lo que cree.

La manera en la que el creyente se relaciona con el contenido de lo creído adopta la forma de ‘participación’. La fe no es solo “[...] aquello en lo cual es revelado el acontecimiento de la salvación; es este acontecimiento mismo. Cuando cree en el acontecimiento del Dios crucificado, el cristiano experimenta una nueva modalidad de ser.” (González, 2021, p. 144).

¿Qué exigencias relativas al cuidado del sustento se desprenden de la verdad subjetiva del cristianismo? De acuerdo con Kierkegaard, quien ha recibido el don de la fe tiene el proyecto de vivir aquello que la revelación propone: profundizar en el conocimiento velado de Cristo y llegar a ser uno con lo conocido.

La vida cristiana ha de caracterizarse no solo por el desapego respecto de las riquezas (poseídas o deseadas), sino también por la renuncia activa a hacer de la adquisición de los bienes sensibles el sentido de la existencia. Para no desviarse del camino, el cristiano debe profundizar en el conocimiento de la vida de Cristo para que “Nunca deja de pensar que ‘Aquel’ que poseía todas las riquezas del mundo, renunció a todo lo que poseía y vivió en la pobreza, y que, por consiguiente, la vida del Santo fue llevada en pobreza y a su vez en la ignorancia de todas las riquezas que poseía.” (Kierkegaard, 1963, p. 140). Por eso precisamente es necesario advertir la profunda contradicción que encierra la existencia de un ‘cristiano rico’. Ser cristiano no significa vivir pensando, ni escribiendo sobre Cristo, sino imitarlo

11.

La fe constituye una vía privilegiada para el autoconocimiento. En presencia de Dios, el individuo descubre la dicha de ser hombre. Es decir, comprende que, por encima de cualquier atributo contingente que los demás puedan o no reconocer en él, lo que ante todo lo define es su apertura ontológica a lo divino.

En diversos lugares de sus discursos edificantes, “[...] hay una presencia directa de Dios al yo y del yo a Dios, que podríamos llamar un elemento místico en Kierkegaard.” (Pattison, 2019, p. 83). El descubrimiento de que el rasgo esencial por excelencia de la condición humana es la presencia esencial de Dios en su interior, hace comprensible que la existencia no reposa ni se haya direccionada hacia sí misma, sino que tiene su principio y su fin último en Dios. Tal comprensión está reservada al hombre de fe. Puesto que solo estando en la proximidad de “[...] la infinitud de Dios podemos acceder a alguna comprensión respecto de la clase de seres que somos —moviéndonos a través del tiempo y ‘llegando a ser’ nosotros mismos en el encuentro con otro inextinguible.” (Williams, 2016, p. 23).

La única preocupación auténticamente cristiana es aquella que tiene por objeto llegar a ser sí mismo delante de Dios. A diferencia del pagano, que vive preocupado por el cuidado del sustento, el cristiano tiene la convicción de que, antes de buscar el sustento, su atención vital debe dirigirse a “Buscar primero el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6, 33).

12.

La fe es un don universal, no un bien del que solo unos cuantos puedan gozar. La fe “[...] no solamente es el bien supremo, sino además es el bien en el cual todos pueden participar.” (Kierkegaard, 2005, p. 43). Su origen se remonta a la donación gratuita de la presencia divina otorgada, sin distinción, a todo hombre.

Resulta equivocado apelar a algún tipo de doctrina sobre la predestinación para justificar que se ha optado por el mundo en vez de renunciar a todo para comenzar el camino de seguimiento que conduce a la unión con Cristo. Tales intentos únicamente buscar legitimar la mediocridad espiritual a la que Kierkegaard denuncia bajo el título de cristiandad.

Porque todo hombre puede convertirse en caballero de la fe, puede también vivir sin la preocupación por el cuidado del sustento. Mas para ello es necesario responder con una actitud de disponibilidad absoluta al llamado salvífico del Crucificado. Ya que la fe es una relación existente con el Crucificado. (Heidegger, 2001, p. 57).

La experiencia de Dios en Cristo permite al individuo superar la preocupación por el cuidado del sustento, descubrir la grandeza de ser hombre y agradecer al Padre por “el pan de cada día”. Llegar a ser cristiano es una meta existencial al alcance de todos, cuyo fundamento es la donación de lo divino. La invitación de Cristo a no preocuparse por la comida y la bebida se dirige a todos. Pero depende de cada uno aceptarla o rechazarla.

Por la fe, el individuo es liberado de la preocupación por el cuidado del sustento. El contacto transformador con el Señor Crucificado y Resucitado, en primer lugar, posibilita dejar a un lado la idea de que la libertad consiste en la autosuficiencia. Sin que ello implique negar la importancia de la labor, ni del trabajo como modalidades de la vida activa que convierten al hombre en colaborador de Dios en la procuración de la existencia, se debe reconocer que todo bien es una dádiva que descende de lo alto.

El individuo goza de los frutos de su labor y de su trabajo cotidianos únicamente cuando no realiza tales actividades impulsado por la preocupación por el cuidado del sustento. Es decir, cuando obra sin apego. Quien comprende lo anterior, al laborar y trabajar, se contenta con ‘el pan de cada día’.

Por la fe, el individuo supera la interpretación moderna a la luz de la cual la meta de la existencia es la independencia. Quien comprende que en Dios “vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28), sabe que solo se llega a ser sí mismo asumiendo la dependencia ontológica por la que la condición humana se halla vinculada al Creador,

Padre y Salvador. Dicho de modo paradójico: que el reconocimiento de la propia dependencia (en el plano ontológico) es la mayor independencia (en el plano existencial). Es así como entiende que la fuente del sustento no es él mismo, sino Dios. Y, en la recepción de tan preciado don, tiene la dicha de descubrir a su benefactor, cada día.

Quien comprende que desligada de Dios la existencia carece de sentido, no pretende que la realidad se ajuste a los dictados de su voluntad. El discípulo de Cristo encuentra su alimento en hacer la voluntad del Padre. Sus obras no tienen como propósito último acumular bienes finitos para quedar libre del cuidado del sustento –proyecto que no hace más que esclavizar al individuo al cuidado de las posesiones materiales-, sino manifestar la presencia de Dios. Así, cuida de sí mismo bajo el entendido de que la autoconservación es a penas la condición *sine qua non* de las obras del amor.

CONCLUSIONES

Por ser conciencia abierta tanto a la eternidad como a la temporalidad, el individuo tiene la capacidad de preocuparse por el día de mañana. Y porque el hombre es conciencia, cabe afirmar que, su estructura ontológica se define por el contacto de lo eterno y lo temporal, entendidas como categorías del espíritu que determinan la realidad concreta del yo como particular. El tiempo designa la existencia en tanto que posibilidad. La eternidad se identifica con un modo de ser posible que cobra realidad gracias a la elección personal que da origen a la fe como verdad subjetiva.

La eternidad es origen de la conciencia de tiempo. Por la conciencia de tiempo adviene al mundo el porvenir. Reparar en el carácter incontrolable del futuro, genera incertidumbre. De ella procede el cuidado de la subsistencia.

El cuidado del sustento encuentra su fundamento en la conciencia y, en tal sentido, es una perfección. Pero únicamente cuando se deja a un lado tal preocupación es posible disfrutar del presente.

El pagano y el cristiano habitan el mundo de una forma radicalmente distinta: desde el cuidado sustento y la confianza en Dios. Mientras que la existencia pagana se caracteriza por el afán de posesión de bienes materiales, la existencia cristiana se define por la gratitud ante las dádivas concedidas por Dios para la autoconservación.

La meditación kierkegaardiana muestra que solo la fe libera al hombre del cuidado del sustento. Lo cual se torna evidente al poner en relación cada uno de los rasgos esenciales de la fe, en primer lugar, con Dios (principio de la donación); en segundo, con

el pan de cada día (dádiva cotidiana que garantiza la autoconservación); en tercero, con la actitud derivada de la recepción de los dones recibidos (confianza en Dios como benefactor).

El cristianismo es un modo de existencia, adoptado de manera libre y consciente, que surge como respuesta existencial positiva, de absoluta disponibilidad, a la manifestación elusiva del misterio de Dios. El encuentro con Dios en Cristo sitúa al individuo ante una disyuntiva: quedar libre de la preocupación por el cuidado del sustento o entregarse de lleno a ella.

Por la fe, el cristiano está “[...] libre de preocupaciones; jamás indeciso: él es creyente; jamás inconstante: está eternamente decidido; jamás desalentado: siempre alegre, siempre agradecido.” (Kierkegaard, 1963, p. 210). Porque ha decidido arrojar sus preocupaciones en Dios, vive sin la pesada carga del cuidado del sustento.

En el proceso de realización del proyecto de convertirse en contemporáneo de Cristo, el cristiano se sabe sostenido por Aquel que lo ha llamado a la salvación. Esa verdad subjetiva se expresa en la pasión requerida para esforzarse, denodadamente, por hacer de su vida un camino de seguimiento de las huellas invisibles del Crucificado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BINETTI, M. J. Tiempo y eternidad en el pensamiento kierkegaardiano. En: *Enfoques*, XVII, 2, pp. 109-122, 2005.
- DE LA CRUZ, san Juan. Subida del Monte Carmelo. En: SAN JUAN DE LA CRUZ. *Obras Completas* (pp. 241-482). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1994.
- DE HIPONA, san Agustín. *Homilías sobre la primera carta de San Juan a los Partos* (pp. 445-490). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2003.
- DE LOYOLA, san Ignacio. *Ejercicios espirituales*. Madrid: Editorial Verbum, 2016.
- DOMÍNGUEZ, C. La experiencia mística desde la psicología y la psiquiatría. En: J. MARTÍN VELASCO (ed.), *La experiencia mística* (pp. 183-217). Madrid: Trotta, 2004.
- EVANS, S. *Kierkegaard on Faith and the Self: Collected Essays*. Texas: Baylor University Press, 2006.
- GARCÍA-BARÓ, M. Más yo que yo mismo. En: J. Martín Velasco (coord.). *La experiencia mística*. pp. 285-309. Madrid: Trotta, 2004.
- GARRIDO MATURANO, Á. Del paganismo a la gracia: una interpretación filosófica de la existencia religiosa en el pensamiento de S. Kierkegaard. En: *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 48, pp. 399-419, 2021a.

GARRIDO MATURANO, Á. La alegría de ser nada. La dádiva perfecta y la existencia capaz de recibirla en los Discursos edificantes de Søren Kierkegaard. En: *Franciscanum*, 175, pp. 1-19, 2021b.

GARRIDO MATURANO, Á. La existencia y el cielo. Observaciones acerca de la relación entre existencia y obediencia a partir del pensamiento de S. Kierkegaard. En: *Tópicos*, 58, pp.83-107, 2020.

GARRIDO MATURANO, Á. Una lección de humildad o cómo dejar de ser cristiano para intentar serlo. Reflexiones kierkegaardianas. En: *Estudios Kierkegaardianos*, 5, pp. 43-64, 2019.

GONZÁLEZ, L. Angustia y fe teologal en Kierkegaard y San Juan de la Cruz. En: *Veritas. Revista de Filosofía y Teología*, 28, pp. 173-190, 2013.

GONZÁLEZ, L. Cristianismo versus cristiandad. La dimensión edificante de la filosofía de Søren Kierkegaard. En: *Revista de Filosofía*, 150, pp.14-43, 2021.

GONZÁLEZ, L. La existencia cristiana como superación de la preocupación mundana. Una aproximación hermenéutico-fenomenológica a los lirios del campo y las aves del cielo, de Søren Kierkegaard. En: *Cuestiones Teológicas*, 50, pp. 1-17, 2023.

GUERRERO, L. *La verdad subjetiva. Søren Kierkegaard como escritor*. México: Universidad Iberoamericana, 2004.

HEIDEGGER, M. *Aportes a la Filosofía. Acerca del evento*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2006.

HEIDEGGER, M. *Hitos*. Madrid: Alianza Editorial, 2001.

KIERKEGAARD, S. *Diario (1854-1855) Vol. XI*. Italia: Morcelliana, 1982.

KIERKEGAARD, S. *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*. México: Universidad Iberoamericana, 2018.

KIERKEGAARD, S. *En la espera de la fe. Todo don bueno y toda dádiva perfecta viene de lo alto*. México: Universidad Iberoamericana, 2005.

KIERKEGAARD, S. *Los lirios del campo y las aves del cielo. Tres discursos religiosos*. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1963.

KIERKEGAARD, S. *Post-scriptum no científico y definitivo a “Migajas filosóficas”*. Salamanca: Sígueme, 2010.

KIERKEGAARD, S. *Post-scriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*. México: Universidad Iberoamericana, 2008.

KIERKEGAARD, S. *Temor y temblor*. México: Fontamara, 1999.

NEGRE, M. Fundamentación ontológica del sujeto en Kierkegaard. En: *Anuario Filosófico*, 21, pp. 51–72, 1988.

PATTISON, G. Inwardness in Augustine and Kierkegaard. En: *Estudios Kierkegaardianos*, 5, pp. 75-92, 2019.

PATTISON, G. Kierkegaard, Martensen and the Meaning of Medieval Mysticism. En: *Estudios Kierkegaardianos*, 3, pp. 65-80, 2017.

VALVERDE, J. M. Kierkegaard: la dificultad del cristianismo. En: M. Fraijó (coord.), *Filosofía de la religión* (pp. 265-290). Madrid: Trotta, 2005.

WALSH, S. *Kierkegaard: Thinking Christianly in an Existential Mode*. New York: Oxford University Press, 2009.

WILLIAMS, R. (2016). *Sobre San Agustín. Un enfoque renovado y vivificador del pensamiento agustiniano*. Desclée de Brouwer.

WESTPHAL, M. *Kierkegaard's Concept of Faith*. Cambridge: Willian B. Eerdmans Publishing Company, 2014.

WESTPHAL, M. Kierkegaard on Faith, Reason, and Passion. En: *Faith and Philosophy: Journal of the Society of Christian Philosophers*, 28, pp. 82-92, 2011.

Recebido em: 21/02/2024 | Aprovado em: 30/11/2024